

26° Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 26.09.2013

Todo lo que hemos visto juntos durante este mes podría resumirse en la sencillez de darnos cuenta que nuestra vocación fundamental, en cualquier tipo de observancia y de actividad a lo que nos dediquemos en los distintos monasterios, es la de aprender a poner en el centro de la vida la presencia de Dios que obra en medio de nosotros. Para esto nos quiere educar san Benito, especialmente con aquel gesto siempre repetido de comunión con Dios y con los hermanos y hermanas que es el *Opus Dei*, el Oficio divino. La irradiación de nuestra vida, en cualquier parte que estemos y hagamos lo que hagamos, la irradiación de nuestra comunidad y de nuestras Órdenes, es una consecuencia de la decisión y obediencia de poner en el centro de la vida a Dios que obra: en el centro del tiempo, en el centro del espacio, en el centro del corazón, en el centro de las relaciones, en el centro de nuestras obras. Esta es la sustancia profunda de todas las virtudes cristianas y monásticas, de toda la ascesis, de la conversión continua de nuestra vida. Así es como verdaderamente seguimos a Cristo, como los apóstoles, como las mujeres del Evangelio, continuamente educados, mirando a Jesús, para percibir que toda la irradiación buena y poderosa de su Persona venía del poner en el centro la relación con el Padre.

Cuando los discípulos han pedido a Jesús: “Señor, enséñanos a orar”, en el principio pensaban pedir un método de oración, un camino espiritual, porque añaden: “...como también Juan enseñó a sus discípulos” (Lc 11,1). Ciertamente, Juan Bautista era un místico, un orante que resumía en su oración toda la tradición de la oración hebrea. Pero en Jesús la oración tiene una dimensión totalmente inédita, absolutamente nueva con respecto a toda la tradición religiosa de la humanidad: la dimensión de la comunión con el Padre en el Espíritu Santo. Como ya he dicho, la oración para Jesús es su naturaleza, su identidad, la profundidad de su ser Hijo de Dios. Y esto es lo que Cristo transmite a los discípulos y, en el fondo, no ha venido más que para transmitir esto, porque en la oración del “Padre nuestro”, en la oración filial de Jesús transmitida a nosotros pecadores, está el corazón de la redención, de la gracia de ser hijos adoptivos de Dios que Cristo nos comunica muriendo y resucitando por nosotros, y dándonos su Espíritu.

Después de haber enseñado el “Padre nuestro”, en el evangelio de Lucas Jesús continúa con una parábola: “Si uno de vosotros tiene un amigo y, acudiendo a él a medianoche, le dice: ‘Amigo, préstame tres panes, porque ha llegado de viaje a mi casa un amigo mío y no tengo qué ofrecerle’, y aquél, desde dentro, le responde: ‘No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis hijos y yo estamos acostados; no puedo levantarme a dártelos’, os aseguro, que si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos se levantará por su importunidad, y le dará cuanto necesite” (Lc 11,5-8).

Hace unos años, hicimos en Hauterive el coloquio comunitario mensual sobre esta página del Evangelio y, después que todos habíamos expresado nuestros

comentarios, nuestras impresiones y reflexiones, pregunté a un hermano anciano, muy sencillo, que, evidentemente, no había dicho todavía nada, qué le sugería este evangelio. Y dijo una cosa que me impresionó y en la que pienso siempre, como si fuese un apotegma de los padres del desierto: “Debemos orar para que todos los hombres lleguen a ser amigos de Dios”.

Este sencillo hermano ha entendido lo esencial de la oración cristiana, de la oración de Cristo y de los cristianos: hacernos a todos amigos de Dios, personas que viven un intercambio de amor con Dios. En este evangelio Jesús habla, ante todo, de una amistad humana: un amigo acude a su amigo porque otro amigo está con él. Pero, humanamente la amistad no ...circula. Aquél que va a pedir los tres panes, va pensando poder compartir con el amigo que duerme su amistad con el que ha llegado a su casa de un viaje. Le pide *tres* panes, como si quisiera invitar al amigo que da los panes a comerlos con él y con el otro. Es decir, piensa que la amistad puede circular entre ellos, de manera más fuerte que las molestias que provoca, más importante que el sueño que se pierde, más hermosa que la situación de comodidad que ha conseguido: “la puerta ya está cerrada, y mis hijos y yo estamos acostados”. La capacidad humana de amistad, antes o después, se agota, se bloquea, no transcurre de un corazón al otro, porque no es instintiva. Entonces, el amigo debe insistir y suplir con la fuerza del fastidio a la debilidad de la amistad, como para forzar el bloqueo de la privatización y de la comodidad egoísta que impide a la amistad circular, soplar, difundirse.

Pero con Dios nuestra petición no debe forzar una amistad débil y perezosa. Con la amistad de Dios, con el amor del Padre, podemos siempre contar, sobre todo si le pedimos alimentar y compartir con Él nuestra amistad humana, siempre sin preparación, siempre desprovista del pan necesario y, sobre todo, del amor necesario para responder los unos a las necesidades de amor de los demás.

Dios no está nunca “bloqueado” en casa. Él “no tiene donde reposar la cabeza” (Mt 8,20), no tiene una puerta que cerrar, ni lecho donde descansar. Dios no tiene miedo de nuestras peticiones, de nuestras necesidades. Nosotros sí, tenemos miedo de lo que el otro puede pedirnos, porque tenemos siempre la impresión de que el amor y el don nos priven de algo. Tenemos miedo que una amistad disponible, a Dios y a los hermanos, nos pueda “disminuir”. Esto muestra el hecho de que nuestro tesoro, el valor que damos a nuestra vida, no es aún el amor mismo, la amistad misma. Los tres panes que tenemos, no comprendemos que valen mucho más si son compartidos y se convierten en motivo y ocasión para crecer en la amistad con los demás.

El Reino de Dios crece y se difunde al comunicarnos los unos a los otros la apertura a la amistad. El hombre que va a molestar a medianoche a su amigo, lo hace porque él es el primero que se ha dejado molestar por el amigo que venía de viaje. Él le ha abierto la puerta, no ha dicho: “Mi puerta está cerrada y estoy en la cama”, es decir “Yo estoy bien y al seguro, ¡ven mañana por la mañana, cuando no me molestes!”. No, él ha abierto la puerta al amigo, aunque después se ha dado

cuenta que no tenía pan en su casa, es decir, se ha dado cuenta que para ir hasta el fondo de aquella amistad no podía permanecer solo, sino que debía implicar al tercer amigo en su acogida, pidiéndole tres panes e, incluso, invitándole a venir a comerlos con él y con el otro, en un momento de fiesta de amistad que habría avivado e iluminado la noche, venciendo la soledad de cada uno de ellos.

Pienso que para nosotros es esencial comprender que la verdadera oración cristiana es un misterio a insertar en esta vocación de cada corazón humano a vivir en la comunión, en la amistad. Es así como debemos comprender el sentido de la vida comunitaria y el papel de la oración dentro de la misma. Es así como debemos comprender la unión intrínseca entre la vida comunitaria y el Oficio divino, entre la fraternidad y la oración, y cómo es posible dilatar la fraternidad y la oración hasta el *ubicumque* de toda la humanidad.

En cierto sentido, Jesús introduce nuestra necesidad de oración en la conciencia de nuestra incapacidad de amar de verdad y de responder a la necesidad de amor y amistad que nos pide nuestro prójimo. El hombre que desea responder con amistad a la necesidad del otro, si se queda encerrado en el ámbito de las relaciones humanas, antes o después se encuentra ante una puerta cerrada y ante la pereza del otro. La puerta cerrada y el estar en la cama son símbolos de nuestro miedo y de nuestra pereza para responder a la necesidad de amor del otro. La oración es como el darse cuenta que solo Dios es un amigo que no desilusiona, que no tiene miedo de amar, que no es perezoso para amar: solo Él nos puede y nos sabe dar todo el pan que necesitamos para poder dar a los demás, y este pan es Él mismo, es Cristo Pan de vida. Y solo recurriendo a Él, la amistad entre nosotros puede revivir y dilatarse.

Me viene a la cabeza el episodio en el que los Griegos se dirigen a Felipe para decirle: “¡Queremos ver a Jesús!” (Jn 12,21). Felipe va a decírselo a Andrés, y Andrés y Felipe van juntos a decírselo a Jesús. El deseo de ver a Cristo es el deseo más profundo del corazón humano, un deseo universal. No hay amistad más grande, no hay amor más grande, que hacernos intermediarios de este deseo entre la humanidad entera y el mismo Jesús. Y Felipe comprende que esta intención universal de oración no puede llevarla él solo, debe ir con su amigo Andrés a presentársela a Jesús. Cuando oramos juntos el Oficio, deberíamos pensar en esto, pensar que somos como Felipe y Andrés, que se hacen embajadores ante el Señor del deseo que tienen todos de encontrarlo, porque “ver a Jesús”, quiere decir encontrarlo, entrar en su amistad. También Felipe y Andrés tenían siempre la necesidad de encontrarlo, y su amistad estaba movida y animada siempre por este deseo y por esta experiencia. Por esto, no han hecho otra cosa que acoger a los Griegos, es decir, a toda la humanidad, en su amistad, suscitada por el encuentro con Jesús y siempre movida a estar con Él.

Y esto es lo que siempre debería acontecer en nuestras comunidades, si quieren permanecer vivas y, sobre todo, renovarse siempre en la obra del amor de Cristo por cada uno de nosotros y que se irradia sobre el mundo entero.

En las comunidades monásticas que visito en el mundo encuentro siempre problemas de relaciones fraternas. Es humano, y Dios sabe que somos pobres pecadores. La puerta cerrada y la comodidad de la cama, es decir, el miedo y la pereza para acogernos mutuamente, para compartir las necesidades los unos de los otros, son la miseria de nuestro corazón que continuamente aflora y sobre lo que debemos siempre convertirnos con la gracia de Dios. El amor que comparte con los demás los tres panes que reflejan en el mundo el don trinitario del Espíritu Santo, es una decisión que debemos renovar continuamente con humildad y, sobre todo, con la oración. Pero lo importante es no olvidar que el Señor ha formado nuestras comunidades para que exista entre nosotros una amistad que está como suspendida entre la misericordia de Dios y la miseria del mundo. Felipe y Andrés que, a partir de la necesidad de los Griegos, van juntos a Jesús, son los mismos discípulos a los que Jesús interpela cuando ve la multitud de hambrientos y siente compasión de ellos (cfr. Jn 6,5-9). La comunidad cristiana, la comunidad de los discípulos de Jesús, es una amistad siempre invitada por Jesús a pensar en la necesidad del mundo, y siempre invitada por la necesidad del mundo a volverse hacia Jesús. Cuando perdemos la conciencia y el contacto con estos dos polos del acontecimiento cristiano, es decir, la misericordia de Cristo y la miseria del mundo, perdemos también el valor, la belleza y el deber de la amistad entre nosotros, de la comunión entre los miembros de una misma comunidad.

Estoy seguro que muchos problemas comunitarios, tantas infidelidades, tantas divisiones, y, sobre todo, tanta tristeza, desaparecerían de nuestras comunidades si no olvidásemos nunca que Dios nos ha unido para presentar a Cristo la súplica del mundo y transmitir al mundo la misericordia de Cristo.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist

No puedo cerrar el último Capítulo de este 13º Curso de Formación Monástica sin agradecer a Dios y a todos los que han colaborado con generosidad y dedicación a su buen desarrollo. Pienso en el P. Procurador Mainrado, en Agnese con Piotr, a las Hermanas Hijas del Corazón de María en la cocina, lavandería, etc., en Salvatore y todos los profesores; pienso en los traductores, especialmente en los de nuestra Orden que se han puesto generosamente a disposición, y en sus comunidades que nos los han dejado, a veces con sacrificio: Sor Aline, Fr. Francesco, P. Ignacio, Madre Matilde, Madre Eugenia, Sor Marina; pienso en las cuatro traductoras de los Capítulos que cada día han trabajado para esto: Madre Eugenia, Annemarie, Sor Michaela y Eileen. Pienso en quienes se han hecho cargo de la Liturgia: P. Mainrado, Fr. Francesco, Fr. Galgano, Sor Agata, Fr. Emmanuel y Don Gerardo. Y después, en cada uno de vosotros, por todos los servicios que os habéis prestado recíprocamente, y por cómo habéis contribuido al ambiente fraterno y cordial, pero también de oración y silencio, de este Curso, y por vuestro interés en escuchar y aprender. El Curso es una obra de comunión en el que cada uno tiene un papel precioso. Y una obra de comunión es una obra de Dios que cuando comienza no termina jamás de producir fruto. ¡Gracias a todos y permanecemos unidos en esta obra rezando los unos por los otros!